

La Enseñanza.



REVISTA HISPANO-AMERICANA DE INSTRUCCIÓN Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

NUEVA-YORK, AGOSTO 1º DE 1871.

{ NUM. 6.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL SOMBRERO DE PAJA.

Fany, hija única de un militar inválido, daba el brazo á su anciano padre, y recorría en compañía suya el valle de Montmorency. Se pararon al pié de un antiguo y magnífico palacio de campo, en que vivía una princesa célebre por su talento y hermosura, y mas aún por las esclarecidas prendas de su noble corazón. Era esto en el mes de Agosto, y el calor común en semejante estación rayaba entonces en lo extremo. Un encendido sol, después de haber agotado hasta las fuentes, había puesto amarillas aquellas undosas capas, en que funda el labrador su esperanza; y las espigas inclinadas sobre sus secas cañas, no esperaban al parecer sino la hoz del segador.

Fany notaba á una con su padre cuán penosas y provechosas juntamente son aquellas faenas de los aldeanos. «¡Por cuán feliz debo tenerme, decía la hija, si me comparo con estos buenos lugareños. Estos infelices tienen que aguantar todo el bochorno del día, y yo me hallo al lado de mi padre, y al

abrigo de una deliciosa sombra; con frecuencia no tienen por único alimento mas que pan duro, y una bebida corrompida por el ardor del sol, mientras que en nuestra mansión agradable tengo bollos á discreción con frutas y toda especie de lacticinios.»

Cuando Fany estaba hablando así, vino á sentarse no lejos de ella, en el camino que iba á la aldea, una segadora notable por su edad, y debilitada por la fatiga de la jornada. Venía á hacer una bien corta comida, mientras que los segadores se entregaban, según costumbre, á una hora de sueño para reparar sus fuerzas.

«Es bien duro el pan que está vd. comiendo, dijo á la segadora el anciano padre de Fany.— ¡Ah! mi buen señor, por duro que sea, quisiera Dios asegurarnos de que nunca nos faltaría!—¡Qué! dijo Fany, faltarle á vd. el pan en su edad! Deje vd. ese que come, y reciba este pedazo de torta reciente que traigo aquí en mi cestilla. Mejores que los suyos son mis dientes; comeré ese pan negro y ambas ganaremos en el cambio..... » La segadora tomó esta oferta al principio por una chanza; pero ya Fany tenía en la boca el duro pan que ella comía con ansia, mientras que su padre aplicaba á la suya una mano de su hija, en que daba mil besos.

Trabóse conversacion. La segadora les contó, po-

niéndose á charlar, que después de una dichosa unión se había quedado viuda; que después de haber tenido seis hijos, había perdido á los dos últimos en la guerra; que estaba sola, sin arrimo ni consuelo, ni otro arbitrio que el trabajo de sus manos, las que aun con frecuencia, y á causa de sus achaques, no la permitían, etc., etc., etc..... La cháchara sirve de descanso, y como lo dice un sabio: «alivia uno á menudo sus males con contarlos.» Habiéndose pasado la hora de descanso durante esta plática, habían vuelto á su faena los segadores; y preparándose la vieja para unírseles, púsose en la cabeza una hoja de pergamino que ella llevaba de costumbre, atada por debajo de la barbilla con una mala liga, á fin de preservarse contra los rayos del sol. Este prendido burlesco hacia tan singular la figura de la buena vieja, que Fany no pudo menos de prorumpir en risa; y sobre ello se le escaparon varias agudezas propias de su ligera edad. «Se rie vd. de mí, le dijo la vieja aldeana, y confieso que no debe hallar bien fresco mi rostro cubierto con este mugriento pergamino; pero como me sirve para conservar mi pobre vista, único bien que me queda, le estimo tanto como vd. ese pulido sombrero de paja, y ese ramillete de violetas que lleva al lado; lo que la hace á vd. tan rolliza y linda, como el pergamino ama-

rilla y arrugada á mí.....» Fany, sobre quien su padre acababa de echar una mirada muy significativa, se sonrosó; y recelándose haber ajado á la segadora, se escusó de la risa inconsiderada que se le habia escapado. A fin de borrar hasta la memoria del sentimiento que hubiera podido ocasionar á la buena vieja, le ofreció su sombrero de paja, diciéndole: «Tenga vd., buena mujer; este sombrero la preservará mejor todavía que ese pergamino contra el calor del sol; y á lo menos no escitará á costa suya la risa de las atolondradas como yo, con quienes pueda encontrarse.»

La segadora rehusaba porfiadamente el sombrero de Fany, la que por su parte insistía en hacersele aceptar. Estos debates eran oídos de una princesa, dueña del palacio inmediato, que atravesando en aquel instante por una calle de árboles, habia mandado parar el coche para oír el motivo de la porfia. Habia bajado ya del coche; y precedida de un paje que la acompañaba, se llega á Fany, manda á la segadora recibir el sombrero de paja, y en el momento mismo, arrancándose de la cabeza una gorra de terciopelo azul, adornada con un broche de diamantes, la puso sobre la rubia cabellera de la doncella, diciéndole: «Cuando una sabe, como vd., honrar la desgracia, y cuando se despoja gustosa á sí misma para suavizar las necesidades de la indigencia, merece ser sucesivamente recompensada y estimada. ¿Cuántos años tiene vd.?—Doce, señora.—¿Tiene vd. hermanos?—Soy hija única.—Guarde vd. bien este broche, y no le entregue mas que al sugeto que de parte mia se presente en su casa.» Al punto vuelve á subir la princesa á su coche, y desaparece con la velocidad de un relámpago.

Atónitos y asombrados Fany y su anciano padre, tenían por un sueño cuanto acababa de pasar. La doncella quitaba y se ponía alternativamente la rica gorra de terciopelo azul, que sin embargo no la hacia mas bonita que el simple sombrerillo de paja. Fijaba mas particularmente sus miradas sobre el broche, que le anunciaba algun misterio. Finalmente, despues de darse el parabien de nuevo por haber ofrecido su sombrero á la vieja lugareña, le dijo: «¡Hasta mas ver, buena tia! Doyle á vd. mi palabra de que vendré á menudo, y platicaremos juntas. Consérve vd. bien por su lado mi sombrero de paja; siempre que necesite vd. de algo, diríjase á mí, que se lo daré al punto.....» Al acabar estas palabras, dió Fany el brazo á su padre, y ambos se encaminaron hácia su sencilla morada.

Pasáronse seis meses sin que Fany viese presentarse el sugeto que la princesa le habia anunciado. No cesaba de consultar á su padre sobre el partido que habia de tomar. Unas veces queria ir al palacio, para entregar el broche precioso de que se creía solo depositaria; y otras se le ponía en la cabeza, y por su riqueza conjeturaba que debia esperar al emisario de la princesa..... Llegó el invierno, pasaron otros seis meses mas, y Fany no recibia todavía noticia ninguna.

Se colmaron su asombro é impaciencia, cuando supo que obligada á viajar la princesa para reponer su salud, habia partido con toda la gente de su servidumbre; que debia recorrer una parte del Mediodía de Europa, y que no volveria á Francia hasta pasados dos años. Creyó entonces que Su Alteza habia querido divertirse á costa suya, y cerró con mucho cuidado la gorra y broche que hacia de principal adorno suyo.

Fany entraba en los diez y seis años. No habia dejado de ir á visitar frecuentemente con su padre á la vieja segadora, y de llevarle cuanto podia suavizar sus necesidades y dolencias. Una tarde en que estaba sentada á la puerta de la cabaña de esta digna mujer, y que le hacia participar de una comida rústica, alcanzó á ver cuatro ginetes que corrían á rienda suelta. Se apearon á corta distancia de Fany, y llegándose con sumo respeto á ella, pusieron en noticia suya, que habiendo vuelto en la víspera de sus largos viajes la princesa, habia anunciado á sus pajes que aquel de ellos que le trajese el broche que habia confiado á la hermosa Fany, tendria una subtenencia de caballería, y se casaria con la doncella, siempre que ella lo consintiese.

«Elíjame vd. á mí, hermosa Fany, gritaron á un mismo tiempo los cuatro pajes.—Soy la única esperanza de una rica y distinguida familia, decia el primero con un tono de majestad.—Soy el primer bailarín, el mas travieso y divertido de todos mis compañeros, añadió el segundo dando una cabriola.—He logrado este año el premio de estudio y aplicación, replicó el tercero.—En cuanto á mí, dijo temblando el cuarto, cabizbajo y respirando con dificultad, soy huérfano, sin mas fortuna que la protección de Su Alteza; murió mi padre en el campo del honor..... Acompañaba yo á la princesa, cuando en este mismo sitio, tres años há..... la hechicera cara de vd., y mas particularmente su bondad, no se han apartado ni un instante de mi pensamiento.—Sí, respondió Fany toda conmovida, sí, caigo en vd.—A ese caballero, hija mia, conviene entregar el broche; esclamó el anciano inválido.—Iba yo á proponérselo á vd. padre, repuso cándidamente la doncella.»

A estas palabras, se echa á las plantas de Fany el afortunado paje. La doncella le levanta al punto, y le presenta á su padre. Este conduce á su casa tanto á él como á los tres compañeros suyos, quienes bien distantes de mostrarse celosos de esta preferencia, se apresuran á dar á su amigo la enhorabuena de tan gran dicha. Fuéle entregado el broche. Fany y su padre se presentaron en el siguiente día á la princesa, la cual aprobó la eleccion hecha, promovió al paje al ofrecido grado, añadió un gran dote al lucido broche, y se celebró la boda en el palacio.

Fany pidió licencia para que la vieja segadora pudiese presentarse en esta celebridad, pues queria hacerla participar de su felicidad. Vino en efecto esta buena mujer, cubierta la cabeza con el sombrero de paja de Fany, que ella habia conservado cuidadosamente. El pequeño ramillete de violetas, aunque seco, iba pegado todavía al sombrero. El anciano inválido hallaba en su yerno la continuacion de sus numerosos servicios; Fany creia estar soñando; y la pobre segadora, que lloraba de gozo, y besaba las manos á la novia, repetia sin cesar: *Dios no permite nunca que una buena obra quede sin premio.*

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA PREDILECCION.

El amor maternal es la mas pura y al mismo tiempo la mas viva de las impresiones del alma. Lo mismo existe en las hordas de los salvajes, que en los pueblos civilizados: doma los animales mas feroces, da valor á los mas tímidos, y estiende su dominio sobre todo cuanto tiene vida y derecho para dársela á otro.

Todas las edades, todas las sectas nos ofrecen en sus escritos, así como en los monumentos de las artes, la pintura y el elogio de este profundo y sublime sentimiento. Si recorremos la Escritura Sagrada, notaremos en ella con una piadosa emocion la justicia de Salomon ilustrada por el transporte de este inagotable amor: á Moisés salvado por el ingenioso cariño de su madre; buscaremos á los clamores de Agar una fuente que pueda resucitar á Ismael espirando; lloraremos con Raquel; y el mas precioso objeto de nuestra adoracion en los templos, el que confundimos con la misma Divinidad, es la Virgen María dando de

mamar á su hijo, y prodigándole sus caricias.

Entramos en el Museo, y al punto nuestra vista se detiene en aquella admirable escena del Diluvio, en la que el Pousino nos pinta los últimos esfuerzos de una madre que luchando con las aguas, no piensa mas que en salvar á su recién nacido. Entre las numerosas producciones de Rubens, la que nos encanta mas es aquella mezcla de dolor y de alegría tan bien espresada en la figura de Médicis, que acaba de dar á luz al sucesor de Enrique IV. ¿Quién habrá que no anhele ayudar á aquellas madres desoladas á sustraer del cuchillo de los verdugos á los tiernos frutos de su amor, contemplando el cuadro de la degollacion de los Inocentes?

Era preciso el gran genio de Rafael para espresar á un mismo tiempo los esfuerzos, la rabia, la desesperacion y la espantosa agonía del amor de aquellas madres.

Si asistimos á los juegos de Melpómene, ¿cuáles son los personajes que afectan con mas viveza nuestra imaginacion, y hablan con mas elocuencia á nuestro corazon? Es Andrómaca sacrificando su pesar, su amor á Astianacte cuando niño; es Merope á los piés del asesino de su esposo, implorándole por salvar á Egisto; es Clitemnestra desafiando al jefe de los reyes y al furor de los griegos para evitar el sangriento sacrificio de su querida Ifigenia.

Escuchemos ahora á los viajeros y naturalistas, y no nos moverá menos la relacion curiosa y las maravillas de lo que el amor maternal inspira á todos los animales. Ya nos pinta la semivulpeja, que no pudiendo separarse un instante de sus hijuelos, desprecia la flecha del cazador para trasportarlos todos de una vez al matorral mas impenetrable del bosque; ya el pelícano abriéndose una gran herida para alimentar á sus polluelos con lo mas puro de su sangre; ya nos refieren cómo despues de muchos dias la osa asombrada é inquieta, lame la piel tosca y velluda de su hijuelo muerto, y le presenta la teta hasta que el mal olor que exhala la da á conocer que ya no es madre, lo cual demuestra al instante con grandes rugidos, revolcándose en la tierra. En fin, la perdiz, tan montañosa y tan tímida, se presenta á la boca devoradora del perro de caza para dar á sus polluelos tiempo para escaparse de la muerte. No acabaria si quisiese recapitular aquí los rasgos tiernos y sublimes que se deben al amor maternal.

Tambien casi todos nuestros poetas, los mas famosos, han celebrado este sentimiento inalterable. Delille nunca estuvo mas inspirado que cuando habló de su ma-

dre. Ducis, en sus versos deliciosos y melancólicos, nos pinta los derechos sagrados que tiene en nuestros corazones la que nos dió el ser. Parny, Legouvé, Millevoye les han consagrado sus cantos armoniosos; y entre nuestros elocuentes prosistas, J. J. Rousseau, Raynal, Bernardin de Saint-Pierre, y Chateaubriand nos arrebatan, nos enternecen cuando describen los cuidados, la paciencia, el valor, el heroísmo y el inagotable amor de una madre. No es posible leer sin conmoverse la muerte de Julia de Wolmar acariciando al hijo que le costó la vida. ¿Cómo es posible dejar de llorar en la *Historia filosófica* por aquella mujer del Canadá que, figurándose que reanimará los restos de su hijo, hace saltar sobre su tumba la leche que le debía alimentar? ¿Cómo contener las lágrimas en el momento en que Madama Latour se separa de su querida Virginia? ¿Cómo, en fin, no llenarse de una emoción profunda al leer en el Genio del Cristianismo la relación de los funerales de un indio joven, viendo á su madre desesperada que pone ella misma sobre las ramas de un arce florido los restos de aquel niño y que les dirige en alta voz aquellas palabras de una expresión tan penetrante: «¡Alma de mi hijo, alma preciosa!..... Tu padre te creó en mis labios con un beso..... Y los míos no tienen poder para darte una segunda existencia! Sin embargo, ¿quién lo crearía? Este amor tan benéfico y tan puro, este primer alimento de la vida, que semejante al maná del cielo, debe repartirse con igualdad entre los humanos, y que los animales mismos lo dividen imparcialmente, produce en muchas madres de familia predilecciones irresistibles, que son el origen funesto de males irreparables. ¡Ojalá que la anécdota siguiente que yo he presenciado, y por la que me ha parecido que debo empezar esta obra, precava á las madres cariñosas y dé alguna prevision contra tales predilecciones, que siendo secretas, no les ofrecen mas que tormentos y penosos combates, y siendo conocidas, destruyen la armonía de las familias, siendo casi siempre la causa de la desgracia de los seres preferidos!

(Continuará.)

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO I.

PRINCIPIOS GENERALES.

I

Llámanse *urbanidad* el conjunto de reglas que tenemos que observar para comunicar dignidad, decoro y elegancia á nuestras acciones y palabras, y para manifestar á los demás la benevolencia, atención y respeto que les son debidos.

II

La urbanidad es una emanación de los deberes morales, y como tal, sus prescripciones tienden todas á la conservación del orden y de la buena armonía que deben reinar entre los hombres, y á estrechar los lazos que los unen, por medio de impresiones agradables que produzcan los unos sobre los otros.

III

Las reglas de la urbanidad no se encuentran ni pueden encontrarse en los códigos de las naciones; y sin embargo, no podría conservarse ninguna sociedad en que estas reglas fuesen absolutamente desconocidas. Ellas nos enseñan á ser metódicos y exactos en el cumplimiento de nuestros deberes sociales; á dirigir nuestra conducta de manera que á nadie causemos mortificación ó disgusto: á tolerar los caprichos y debilidades de los hombres; á ser atentos, afables y complacientes, sacrificando, cada vez que sea necesario y posible, nuestros gustos y comodidades á los ajenos gustos y comodidades; á tener limpieza y compostura en nuestras personas, para fomentar nuestra propia estimación y merecer la de los demás, y á adquirir, en suma, aquel tacto fino y delicado que nos hace capaces de apreciar en sociedad todas las circunstancias, y proceder con arreglo á lo que cada una exige.

IV

Es claro, pues, que sin la observancia de estas reglas, mas ó menos perfecta, según el grado de civilización de cada país, los hombres no podrían inspirarse ninguna especie de amor ni estimación; no habría medio de cultivar la sociabilidad, que es el principio de la conservación y progreso de los pueblos, y la existencia de toda sociedad bien ordenada vendría por consiguiente á ser de todo punto imposible.

V

Por medio de un atento estudio de las reglas de la urbanidad, y por el contacto con las personas cultas y bien educadas, llegamos á adquirir lo que especialmente se llama *buenas maneras* ó *buenos modales*, lo cual no es otra cosa que la decencia, moderación y oportunidad en nuestras acciones y palabras, y aquella delicadeza y gallardía que aparecen en todos nuestros movimientos exteriores, revelando la suavidad de las costumbres y la cultura del entendimiento.

VI

La *etiqueta* es una parte esencialísima de la urbanidad. Dáse este nombre al ceremonial de los usos, estilos y costumbres que se observan en las reuniones de carácter elevado y serio, y en aquellos actos cuya solemnidad excluye absolutamente todos los grados de la familiaridad y la confianza.*

VII

Por extensión se considera igualmente la etiqueta como el conjunto de cumplidos y ceremonias que debemos emplear con todas las personas, en todas las situaciones de la vida. Esta especie de etiqueta comunica al trato en general, aun en medio de la mas íntima confianza, cierto grado de circunspección que no excluye la expansión del alma ni los actos mas afectuosos del corazón, pero que tampoco admite aquella familiaridad sin reserva y sin freno que relaja los resortes de la estimación y del respeto, base indispensable de todas las relaciones sociales.

VIII

De lo dicho se deduce que las reglas generales de la etiqueta, deben observarse en todas las cuatro secciones en que están divididas nuestras relaciones

* Hay otra especie de etiqueta que comprende el ceremonial que rige en los palacios de las autoridades supremas, en las asambleas parlamentarias y en los círculos diplomáticos; pero ya se deja ver que ella no puede ser objeto de este tratado. Presentaremos, no obstante, en los lugares correspondientes, aquellas de sus reglas cuyo conocimiento es necesario á todo hombre en sociedad.

sociales, á saber: la familia ó el círculo doméstico; las personas estrañas de confianza; las personas con quienes tenemos poca confianza, y aquellas con quienes no tenemos ninguna.*

IX

Solo la etiqueta propiamente dicha (VI) admite la elevada gravedad en acciones y palabras, bien que siempre acompañada de la gracia y gentileza que son en todos casos el esmalte de la educación. En cuanto á las ceremonias que tambien reclaman las tres primeras secciones, la naturalidad y la sencillez van mezclándose gradualmente en nuestros actos, hasta llegar á la plenitud del dominio que deben ejercer en el seno de nuestra propia familia.

X

Si bien la mal entendida confianza destruye, como ya hemos dicho, la estimación y el respeto que deben presidir á todas nuestras relaciones sociales, la falta de una discreta naturalidad puede convertir las ceremonias de la etiqueta, eminentemente conservadoras de estas relaciones, en una ridícula afectación que á su vez destruya la misma armonía que están llamadas á conservar.

XI

Nada hay mas repugnante que la exageración de la etiqueta, cuando debemos entregarnos á la mas cordial efusión de nuestros sentimientos; y como por otra parte esta exageración viene á ser, según ya lo veremos, una regla de conducta para los casos en que nos importa cortar una relación, claro es que no podemos acostumbrarnos á ella, sin alejar tambien de nosotros á las personas que tienen derecho á nuestra amistad.

XII

Pero es tal el atractivo de la cortesana, y son tantas las conveniencias que de ellas resultan á la sociedad, que nos sentimos siempre mas dispuestos á tolerar la fatigante conducta del hombre excesivamente ceremonioso, que los desmanes del hombre incivil, y las indiscreciones y desaciertos del que por ignorancia nos fastidia á cada paso con actos de extemporánea y ridícula familiaridad.

(Continuará.)

CONSEJOS DE LA AMISTAD.

LAS LEYES.

A poco que se recorra la historia de las naciones, se conocerá la necesidad de las leyes. Forman éstas la gloria y apoyo de los imperios, que jamas han caído sino con ellas. La famosa graduación de las conquistas á las riquezas, y de las riquezas á la decadencia y ruina de los Estados; la máxima de que *una nación principia á decaer luego que ha llegado á la cumbre de su gloria*, son palabras sin sentido, á menos que queramos decir que se relaja insensiblemente en la observancia de las leyes, en la subordinación, que es su principio, y que inmediatamente que llegan las leyes á perder su fuerza y vigor, es forzoso que se destruyan y perezcan estos grandes cuerpos, cuya alma forman ellas. Los mismos efectos causa en los imperios la extinción de las leyes, que en nosotros la muerte: desfigura, descompone; cambia, y casi hace olvidar la memoria de que han existido.

* Esta división, que hemos considerado aquí oportuna, para que los jóvenes perciban mejor cuán general ha de ser la aplicación de la importante teoría de la etiqueta, no es indispensable en el curso de la obra, donde mas bien llegaría á ser embarazosa y haría de seguro difusas las explicaciones. Por tanto, comprenderemos las dos primeras secciones de nuestras relaciones sociales, bajo la denominación general de *personas de confianza*; y las dos últimas, bajo la de *personas de etiqueta*; pudiendo deducirse fácilmente de las mismas reglas, las aplicaciones que sean peculiares á cualquiera de las cuatro en particular, sin perjuicio de que nosotros mismos las indiquemos en aquellos lugares en que lo creamos conveniente.

La primera autoridad legítima es el poder paternal: no depende de convenciones, porque las ha presidido á todas. Hemos tomado de los romanos muchas leyes, no tan buenas como la que no prescribía límites á la autoridad de los padres. Parece que esta sola es la que hemos temido adoptar, á pesar de ser constante que la naturaleza habla mas á los padres en favor de los hijos, que á los hijos en favor de los padres.

Sobre el de estos se ha formado el poder de los gobernantes, que son, con relacion á sus pueblos, lo mismo que los padres con relacion á sus hijos: una nacion es para su superior lo que una familia para su jefe. El respeto y la obediencia son el homenaje de los pueblos; la vigilancia y el amor son el alma de los gobiernos: la sumision de los unos y la autoridad de los otros formarán su duracion, constituyendo su felicidad. Todo otro sentimiento es una contravencion al bien público, cuyo resultado padecen todos: la desgracia de los Estados solo estriba en la interrupcion de uno de estos dos principios, que forman la base de los gobiernos.

Hay gobiernos de muchas especies; pero podemos decir que todos se refieren al monárquico, porque siempre se supone que muchas cabezas no forman mas que una autoridad. No quiero examinar aquí si es ó no igualmente el mas perfecto.

Los magistrados son depositarios de una porcion de la autoridad de los gobiernos, la que ejercen por menor, y siendo responsables de ella. La felicidad de los pueblos, el presentimiento de sus necesidades, la defensa de sus bienes y de sus personas y el castigo del crimen, son el origen de los diversos empleos entre los que dividen los gobernantes su poder, que aunque dimanando de la autoridad, es sin embargo inseparable de ella, y á ella vuelve como á su origen.

Desobedecer á los magistrados es desobedecer á una autoridad legítima, hacerse justicia á sí mismo, y no recurrir á las leyes, cuyos vengadores son los magistrados; es una verdadera injusticia, supuesto que trastorna el orden establecido; es privarlos de un derecho que les compete, y de que son muy celosos. El abuso que pueden hacer de las leyes, á nadie autoriza para sustraerse de ellos: es una desgracia que sucede raras veces, y no carece de remedio; tambien tienen ellos un juez á quien están sujetos.

Los que gritan contra las leyes no merecen ser escuchados. ¡Cuántos se quejan de las injusticias que creen haberseles hecho porque no se les permite realizarlas!

Basta que la sociedad en general gane en la administracion de las leyes, tal cual es, para que no debamos detenernos en las quejas de los particulares, á quienes casi siempre ciega su amor propio, y que son incapaces de compensar los daños personales con el bien general.

La felicidad de la sociedad es el objeto de todas las leyes: se destruirian á sí mismas si la perdiesen de vista, ó se propusiesen otro fin.

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

I

ROSITA RECIBE UNA HERMOSA MUÑECA POR HABER LEIDO BIEN.

La madre de Rosita queria mucho á su hijuela, y acostumbraba ir al paseo con ella.

Habia en el camino una mujer que vendia juguetes: Rosita se paraba cada vez delante de su tienda llena de títeres, de cochecitos y de otras mil hermosas niñerías.

Rosita lo miraba y examinaba todo; pero en particular las muñecas. Una muy hermosa le gustó mas que ninguna de las otras: estaba puesta como una señora que va al baile, con un vestido color de rosa, y un ramillete en los cabellos.

Vea vd, pues, mamá, decia la niñita, si yo tuviese una hermosa muñeca como esa, ¡qué contenta estaria! La madre respondió: Hija mia, estas her-

mosas muñecas son para las niñas que han leído bien. Rosita bajó la cabeza sin responder, como si mamá le hubiera dicho: Eso no es para tí.

No obstante, ¿qué motivo tenia ella para no querer leer? Cuando su madre tomaba el libro, Rosita hacia el momo; luego, en lugar de mirar las letras, se ponía á jugar con sus dedos, ó con los piés, sin escuchar siquiera á su madre que la reñía, porque la tontecilla, despues de seis meses que aprendía á leer, estaba todavía en el *ba, be, bi, bo, bu*,

Un dia su madre le dijo: Rosita, cuando tú leas bien, yo te compraré una hermosa muñeca, con vestido encarnado, y con flores en los cabellos.

¡Vd. me la dará, mamá! dijo la chiquita, llena de gozo, y saltando al cuello de su madre. Sí, querida mía, pero has de aprender á leer.

Rosita sabia bien que su madre no le prometia cosa alguna sin dársela; pero que tambien era preciso merecerla, pues que las solas caricias nada alcanzaban con ella.

Rosita estaba muy prendada de la hermosa muñeca. Para lograrla, ved lo que hizo: cesó de jugar mientras leía; aprendió á deletrear sin cometer falta alguna, de suerte que al cabo de dos meses leía muy bien.

Rosita pensaba mucho en su muñeca; pero nunca hablaba de ella, porque no sabia si su madre estaba bastante satisfecha para dársela.

Un dia su madre la hizo leer delante de una señora amiga suya. Rosita lo hizo con tanta gracia, que su madre la condujo al instante á la tienda de los juguetes, y le compró la hermosa muñeca color de rosa.

Así es como los padres se complacen en recomendar á sus hijos que aprenden á leer bien.

II

PEPITA, Ó LA NIÑA PEREZOSA.

¡Cuánto compadezco á los perezosos! Cuando les faltan sus padres, se ven reducidos á morir de hambre.

Habia en una casa una niñita llamada Pepita, muy perezosa, muy negligente, que nada queria hacer; lo que entristecia mucho á su madre. Por la mañana era preciso enfadarse para hacerla levantar, lo mismo que para lavarle las manos y la cara: cuando se la queria hacer leer, se ponía á llorar, y al acompañarla al paseo, hubiera querido que cargasen con ella.

Su madre queria corregirla de esos viles defectos, por lo que no le daba mas que pan para almorzar, y le ponía un vestido sucio para salir.

A pesar de todas esas penitencias, Pepita continuaba en ser perezosa, dejada y negligente.

Su madre, muy descontenta de verse con tal hija, resolvió ponerla en casa de la señora Coco, mujer muy rigurosa que, para hacerse obedecer, no dejaria de darle de azotes hasta salir sangre; pero como queria á su hija por mas perezosa que fuese, quiso aún probar algun medio de corregirla.

La perezosa fué metida con un vestido muy grosero en la guardilla de la casa, que estaba bajo el techo, muy negra, sucia, llena de arañas y de ratones, con solo un poco de pan y agua: estaba atada sobre un poco de paja, y todos los de la casa subian á verla para burlarse de ella. Entonces la necia, muy triste y afligida, conoció hasta qué punto llegaba el enfado de su buena madre.

Pepita tenia algunas amiguitas muy amables. Su madre gustaba de que viniesen á jugar con su hija, porque sabian bien leer, y eran dóciles, vivas y solícitas.

Esas buenas amigas vinieron casualmente este mismo dia con sus madres, y las condujeron á la horrible guardilla. ¡Qué vergüenza para Pepita! Fué tanta la que tuvo cuando la vieron en semejante posicion, que se deshizo en lágrimas. Sus amiguitas obtuvieron su perdon, y prometieron por ella que en adelante se conduciria mejor.

Para recordarle su promesa, su madre mandó hacer un cuadro que representaba á Pepita en su guardilla, con el grosero vestido.

Este cuadro fué colocado en el salon. Debía sacarse de allí al cabo de un año, si Pepita habia enteramente desterrado la pereza; pero si, al contrario, recaía en las mismas faltas que antes, estaba decidido que iria á casa de la señora Coco.

Esta amenaza produjo el mejor efecto: Pepita hizo lo posible para corregirse, y salió tan bien con la suya, que al cabo del año, el cuadro fué sacado del salon, y puesto en el cajon de un escritorio, para nunca mas salir. ¡Ojalá imiten á Pepita todos los niños perezosos!

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

En el hombre existe un poder que le atrae hácia lo que es moralmente bueno, y le arroja lejos de lo malo; un poder tan escelso, como el divino poder que sostiene los cielos y la tierra, derivado de la divina razon misma.

El sueño es la imágen de la muerte—el sueño, á que os entregais vosotros mismos diariamente.

El hombre muere con calma, cuando la vida que deja le alienta con el recuerdo de las buenas acciones que ha hecho durante ella.

Nadie tiene la vida tan corta que no pueda procurar y practicar la virtud perfecta.

Podemos considerar la muerte como la salida de una prision, como la ruptura de nuestras cadenas, necesaria para entrar en una morada eterna, para no volver á tener ninguna inquietud ó cuidado por el futuro.

Pero, como no hemos sido creados por la casualidad ó al acaso, es claro que un Sér mas alto que nosotros, nos cuida en nuestra muerte; un Sér que no puede habernos creado y sostenido aquí, para despues de que hayamos sufrido toda clase de penas, sumergirnos en el interminable mal de la muerte.

No; debemos convencernos de que hay algun asilo, algun lugar de refugio preparado para nosotros.

El honor, la justicia, la bondad,—he ahí la senda del cielo y de la sociedad; del noble que ha vivido antes de ahora.

Elévate por tanto á tí mismo y obra como si no fueras mortal, sino solamente tu cuerpo.

Porque no es esta forma corporal lo que constituye tu sér; el alma es lo que constituye nuestro divino sér, y no la forma visible.

Cree en la Divinidad dentro de tí.

Nada hay mas precioso que los misterios del Eleusis, que purifican esta vida del barbarismo, y la traen á la humanidad.

Comprendemos verdaderamente los principios de la vida, cuando no alcanzamos, no solo cómo vivir con alegría, sino cómo morir con mejores esperanzas.—CICERÓN.

El hombre se compone de dos partes; el cuerpo, formado de la materia primitiva, y el alma, que emana de la fuerza original, del alma universal; esto es, de Dios.

El cuerpo es el espejo y el órgano del alma; y por esta razon exige los mas diligentes cuidados, para el sostenimiento y desarrollo de ella.

Principalmente por la razon, el hombre se distingue de las demas criaturas, se eleva á sí mismo sobre ellas, se hace hombre, en la mas lata estension de la palabra.

El alma es un efluvio del alma universal; por medio de ella el hombre se mantiene en las mas estrechas relaciones con Dios, se acerca á él, se hace su imágen.

La razon es la que nos hace sabios.

El principio fundamental de las acciones humanas puede ser este: «Vivir de acuerdo con la naturaleza.» Haz aquello que esté acorde con tu naturaleza intelectual, la razon; vive de acuerdo con tu razon, en la cual se halla revelado tu destino—hasta tu dignidad como sér humano—la virtud. Sigue, pues, los principios de Dios; haz, de la ley que sigue la alta razon, la regla de tus acciones; que tu voluntad se encuentre en armonía con la voluntad del Legislador universal.—ANTONIO PRO.